

LOGIA DE ESTUDIOS REDENCIÓN 167

VV. de Getafe



Abril 2026

CUADERNOS N° 9



**Jerusalem como
utopía
escatológica**



**El nombre simbólico
en la tradición
masónica española**



**Nuestros
aprendices y la
realidad**



**La logia como
grupo**



**Represión contra
los masones en los
últimos días de
Lorca en Granada**

¿QUIENES SOMOS?

Contacto:

redencion167@gmail.com

Somos un grupo de Masones, miembros de la Gran Logia de España y del Grande Oriente Español, Hombres de corazón, Hermanos de causa, con un cierto recorrido de vida que nos permite poner en común nuestras experiencias para ser útiles a nuestros semejantes.

Estamos convencidos que el más bonito Templo que pueda tener la Masonería española sólo se puede construir con las piedras vivas que son los Masones de esta Tierra, a los cuales dedicamos nuestros trabajos.

Procedemos de toda España, con el mismo respeto y el mismo amor a esta *piel de toro* que nos incita a promocionar el Arte Real, cuya magia hace que cualquier ciudadano, admitido en nuestra Institución, y venga de donde venga, se sienta entre los suyos.

Los Cuadernos de Redención 167 tienen como finalidad la de permitir a cada H.º.

Aprender como un Aprendiz
Comprender como un Compañero
Compartir como un Maestro

Diego de Lora

- **EDITORIAL..... Pág. 2**
- **JERUSALEM COMO UTOPIÁ
ESCATOLÓGICA.....Pág. 6**
- **EL NOMBRE SIMBÓLICO
EN LA TRADICIÓN
MASÓNICA ESPAÑOLA.Pág.10**
- **NUESTROS APRENDICES
Y LA REALIDAD.....Pág.16**
- **REPRESIÓN CONTRA
LOS MASONES EN LOS
ÚLTIMOS DÍAS DE LORCA EN
GRANADA.....Pág.22**
- **LA LOGIA COMO GRUPO.....Pág.25**

Queridos hermanos, os presentamos la novena entrega de los *Cuadernos de Redención*: cinco singulares trabajos realizados por miembros de nuestra logia de estudios. Estas planchas hablan de pasado, presente y futuro, intentando emular la finalidad por la que fue creado este grupo: construir un presente reivindicando y aprendiendo del pasado, para poder ser así ejemplo para las generaciones venideras. También sabemos que el hoy será el pasado del mañana y que aún nos queda mucho por recorrer en los pilares básicos que sostienen a nuestra institución.

La mala praxis en conceptos como la fraternidad —a la que, por cierto, no solo la Masonería sino todas las escuelas filosóficas han dado un significado esencial, ya fuese altruista, individualista, compasivo o de solidaridad de clase— tiene como objetivo conseguir una sociedad más organizada, equilibrada, justa, útil y basada en las relaciones humanas, que tanto han cambiado y nos han cambiado desde entonces. Saber moderar las posturas, encajar las críticas con diálogo y llegar a acuerdos en posiciones intermedias sería el mejor legado para nuestros futuros hermanos.

La logia es el verdadero centro de unión de nuestra organización, donde encontramos el calor y la fuerza necesarios para continuar con nuestro compromiso como masones; pero no por refugiarnos en ella, en tiempos poco claros, debemos esconder la cabeza y quedarnos callados frente a lo injusto y frente al excesivo uso de poder que se intenta ejercer cuando no se tiene otra pretensión más que el sustento del mismo; aunque sea legalmente factible, es moralmente cuestionable en una asociación como la nuestra.

En primer lugar, **Vicente R. Carro** nos presenta en esta edición un trabajo leído hace ya 20 años en Tel-Aviv, en un encuentro mundial de logias con el nombre de la Ciudad Santa. No por el tiempo transcurrido ha perdido actualidad, sino todo lo contrario. *Jerusalén como Utopía Escatológica*: entiéndase esta última palabra no en su acepción coprológica, sino en el significado —quizás menos utilizado— de conjunto de creencias y doctrinas referidas al “fin de los tiempos”. Utiliza la palabra utopía en su sentido de esperanza. En esta plancha nos habla también del cultivo de la amistad y de la globalidad como oportunidades para ampliar los lazos fraternales que unen a los masones de todo el mundo, como pieza fundamental del Templo de la Humanidad que estamos construyendo.

R.E.C. nos trae una plancha con la que nos hace reflexionar sobre un antiguo tipismo de la masonería española: los nombres simbólicos. *El nombre simbólico: explicaciones y reflexiones sobre una tradición masónica española*. Su lectura nos conduce a un análisis histórico que puede llevarnos hasta 200 años atrás, donde siempre hubo hermanos defensores de su uso —por seguridad en tiempos de persecución o como

fuelle de inspiración— y otros detractores, que señalaban la vanidad que ello puede conllevar o incluso la introducción de elementos profanos dentro de nuestras logias. Si no te quieres perder sus pensamientos a lo largo de todo el escrito, solo tienes que pinchar en su título.

El título del siguiente artículo es una pregunta que conlleva un exhaustivo análisis personal para nuestro siguiente autor, **Jesús G. Morlote**: *¿Tenemos que “proteger” a nuestros aprendices de la realidad?* A los maestros de la logia es una duda que se nos plantea cuando algún evento, las actuaciones de algún miembro o una decisión impuesta externamente puede afectar al hermano recién iniciado, sobre todo en su percepción entre lo que predicamos y la realidad existente. Reflexionando sobre el significado de los elementos que intervienen en la iniciación masónica, la resolución de conflictos dentro de nuestras logias y los motivos por los que se debería ocultar la realidad a nuestros aprendices, el autor llega a una conclusión final que descubrirás con su lectura.

Guillermo Calonge nos describe cómo fueron tratados los masones granadinos a partir del golpe militar de 1936, basándose en las investigaciones realizadas por Agustín Penón casi veinte años después sobre la muerte de Federico G. Lorca, investigaciones trasladadas por Marta Osorio a su libro *Miedo, olvido y fantasía*. Masones llevados a Víznar días después de la muerte de Federico coincidieron con tres de sus enterradores; unos y otros fueron represaliados en uno de los episodios más oscuros de la triste historia de España. No te lo pierdas pinchando aquí: *Represión contra los masones en los últimos días de Federico G. Lorca en Granada*.

Por último, **Vicente Fernández-Merino** nos muestra con su trabajo *La logia como grupo* la especial forma de comunicarnos que tenemos en nuestras tenidas mediante nuestro lenguaje simbólico y ritual, apoyados en la necesidad de que cada miembro libere su talento y energía de forma progresiva, para que el grupo adquiriera toda la fuerza y vitalidad necesarias para seguir avanzando. Todo ello lo expone desde un punto de vista analítico, como psicólogo que es, de la situación actual del individuo, de la logia y de nuestra sociedad en general. Si es de tu interés, solo debes clicar en el título del trabajo.

Como en anteriores ediciones, te damos la posibilidad de descargar todos estos trabajos en un solo archivo, con forma de revista y formato PDF.

Esperamos que disfrutéis de esta edición, pues ese es su fin, agradeciendo a los autores la ilusión, el tiempo y el corazón que han puesto en la elaboración de la misma.

Rafael R. Rodríguez

Jerusalem como utopía escatológica

Vicente R. Carro

¡VM, QQ.HH.!

La Respetable Logia Jerusalem N° 133 de los VV Madrid, dentro de la GLE, quiere transmitir sus saludos fraternales a todas las logias presentes que llevan este nombre de *paz y esperanza* y, de forma particular, a la que, aquí en Israel, tan magnánimamente nos acoge y nos brinda su hospitalidad.

Paz y esperanza son dos conceptos ligados a la palabra “Jerusalem”. En la tradición bíblica “Jerusalem” se traduce por “*herencia de paz*” aunque, vista la historia en el amplio arco de los siglos, la paz fue, y sigue siendo, más un desideratum, una utopía (una utopía urgente, tal vez, en estos momentos) que una realidad. Pocas palabras, por otra parte, llevan una carga simbólica tan fuertemente ligada a la utopía como la palabra “Jerusalem”. Ella evoca tanto la esperanza de la tierra prometida del pueblo de Israel como el objetivo escatológico final de una historia lineal y progresiva que, en la tradición judeocristiana occidental, desemboca en el reino de paz y felicidad perpetuas que simboliza la *Jerusalem celestial*.

Esta escatología de recorrido lineal también ha encontrado luego diferentes manifestaciones seculares. La más famosa y conocida es la etapa de la



sociedad comunista como fin y culmen del progreso dialéctico de la humanidad en el materialismo histórico de Karl Marx. Pero, también aquí, el símbolo original de paz y felicidad en que desemboca, como cierre final de la historia, ese agónico devenir de la sociedad a lo largo de los siglos se retrotrae a la Jerusalem celestial de la escatología judeocristiana. Es este esquema progresivo y lineal el que se impone en el pensamiento occidental frente a la idea del *eterno retorno* de la tradición clásica grecorromana. En él se

enmarca también nuestra utopía ético-masónica de construcción del *templo de la humanidad*, ligada, como no, otra vez a Jerusalem a través de la ingente carga simbólica que en nuestra universal hermandad tiene el *Templo de Salomón*.

Constatamos, de esta manera, la enorme fuerza simbólica del nombre que nos une a las logias de todo el mundo aquí reunidas. Se comprende, por tanto, que “Jerusalem” sea para nosotros “*nomen et omen*”, nombre y destino, nombre y tarea a cumplir. Puesto que “Jerusalem” evoca esa utopía de paz, armonía y felicidad, ese *mundo mejor* que, no sin esfuerzos individuales y colectivos, queremos construir los masones de todo el mundo.

Estamos hablando de “utopía” no en el sentido corriente y vulgar, sino en el sentido consagrado por uno de los filósofos que se ha ocupado de este concepto de la manera más profunda: Ernst Bloch. Cuando Ernst Bloch, durante los años 1938-1947, escribió su clásico “Das Prinzip Hoffnung” (El Principio Esperanza) en su exilio americano, al que tuvo que huir de los nazis, pensó en ponerle el título “The dreams of a better life” (Los sueños de una vida mejor)*. ¡Eran tiempos para pensar en una vida mejor! Los sueños de libertad, tolerancia, democracia, paz, respeto a los derechos humanos... igualdad, fraternidad, no campaban precisamente por sus fueros en aquellos años de muerte y destrucción. Y la

masonería, como abanderada de la Ilustración, se había significado mucho precisamente en la defensa de esos valores y se significó después en la lucha por restituirlos y ampliarlos. Hasta tal punto que, a día de hoy, hay quien piensa que la masonería ya no es actual, que sus objetivos fundamentales ya han sido básicamente alcanzados, que no va con el espíritu del tiempo y que su relevancia social e histórica va en progresiva recesión. Y no hay duda de que hay síntomas que apuntan en esa dirección.

Pero decíamos que entendíamos “utopía” en el sentido profundo de Ernst Bloch. Utopía como principio de esperanza que activa la voluntad para que se ponga en marcha efectiva a la consecución del objetivo, objetivo cuya realidad anticipa, pero cuya presencia se dilata en el tiempo, tal vez de manera indefinida. Utopía que se alimenta de la memoria sólo en cuanto ésta es fructífera, es decir, cuando a la vez nos recuerda lo que nos queda aún por realizar. Y lo que queda aún por realizar de la utopía ético-masónica es mucho. Es más, el Templo de la Humanidad que estamos construyendo los masones tiene la oportunidad de incorporar dimensiones nuevas que nos permiten ampliarlo y mejorarlo, además de pulir y abrillantar más las viejas piedras. Y de esta manera ir reincorporando otra vez la masonería al espíritu del tiempo.

En esta plancha, que quiere tener la cortesía de ser corta, me voy a referir

* En un escrito posterior Bloch llegó a decir que la auténtica traducción de lo que la zarza ardiendo le dice a Moisés, definiendo a Dios, no es “*Yo soy el que soy*”, sino “*Yo seré el que seré*”, aprovechando para esta opción interpretativa la ambigüedad del texto hebreo. Con esto, el JHWH mosaico sería, nada más y nada menos, que el compendio y la simbolización de la idea de “utopía”, de manera inmediata

de la utopía de la tierra prometida (el reino hebreo de Jerusalén). Bloch, junto con Marcuse, Horkheimer, Adorno, Marx, Freud, Wilhelm Reich, Erich Fromm, fue también uno de los varios mentores intelectuales judíos de la revolución estudiantil del 68. Y de la utopía que a muchos de los participantes nos movía, bajo el lema “¡Sed realistas, aspirad a lo imposible!”

sólo a dos oportunidades que nos brinda el mundo de hoy: *La globalidad* y el profundo *cultivo de la amistad*

El *cultivo de la amistad* es algo que necesita y desea profundamente este mundo lleno de stress individual y colectivo, de hombres solos entre la muchedumbre, ahíto de comunicación, pero falto de contacto humano, en definitiva, este mundo postmoderno que ya en buena parte no goza del sostén de las fuertes creencias y que necesita, como la sociedad grecorromana de los siglos del helenismo, del consuelo desengañado que sólo ya el calor de la amistad puede procurar. El cultivo de la amistad ha sido desde siempre una piedra angular en el Templo de Salomón de la masonería, pero hoy no luce con la fuerza y esplendor que le corresponde. Hacerla lucir esplendorosamente debería ser tarea de nuestro tiempo. Ello es posible, deseable y factible. Es más, siendo que responde a un urgente imperativo del hombre postmoderno, a nadie se le escapa que sería altamente provechoso para la masonería.

Otra oportunidad de ampliar el universo de la utopía masónica lo ofrece la *globalización* de las relaciones humanas en el mundo de hoy.

Abundando en la ampliación de las relaciones humanas, podríamos extenderlas a su entorno, al medio ambiente, a lo que en sentido amplio el filósofo José Ortega y Gasset llamó la circunstancia del hombre que, en definitiva, son todos los seres que nos rodean. Y tendríamos buena base teórica para ello precisamente en la obra del hermano masón y discípulo de Hegel,

Carl Christian Friedrich Krause. Pero no vamos a entrar en esta plancha en la vertiente, también muy actual, del medio ambiente. Nos ceñiremos sólo a consideraciones que afectan a la *fraternidad universal*.

Este mismo encuentro que hoy celebramos aquí nos sugiere las grandes oportunidades que ofrece la realidad actual del *mundo globalizado* para avanzar con comunicaciones más asiduas y extensas en la profundización de la *fraternidad universal* que nos une a los masones. Y, frente al mundo profano, para propagar y dar ejemplo de esa fraternidad que, dentro de los ideales masónicos, dentro de la utopía masónica, debe unir un día a la humanidad en un camino cada vez más transitado de superación de guerras y discordias, de búsqueda de la paz. El camino podría consistir, como hacen las empresas en la economía global, en pensar globalmente y actuar localmente, en crecer en red y en ir ampliando nuestros círculos culturales a otras culturas y a otras civilizaciones. En este sentido sería, por de pronto, deseable, en opinión de la Respetable Logia Jerusalem N° 133 de los VV de Madrid, que, partiendo de esta plataforma de logias Jerusalem, fuésemos capaces de elaborar propuestas concretas viables, útiles y efectivas, aunque inicialmente modestas, para ir ampliando y profundizando en primer lugar los contactos fraternales entre nuestros talleres y entre los hermanos que los constituyen. Como estímulo y control de este programa podría servir la celebración de reuniones anuales o bienales de las logias Jerusalem sucesivamente en las sedes de los diferentes talleres que componen esta

plataforma. La Respetable Logia Jerusalem Nº 133 de los VV de Madrid, por su parte, estaría encantada de ofrecer un día su hospitalidad en Madrid y en España y así corresponder a la hospitalidad de la logia Jerusalem que hoy nos acoge y a la de las que, en otros años, habrían también de acogernos. En este contexto quisiera recordar que Toledo, al que muchos judíos durante siglos consideraron la Jerusalén de Europa, está sólo a 80 kilómetros de Madrid y no os defraudará su visita.

Muchas gracias a todos vosotros por vuestra acogida y por vuestra amistad. “Mirad cuán bueno y placentero es para los hermanos vivir juntos y unidos” (Salmo CXXXIII)

[Tel-Aviv, 18 de septiembre de 2005]



El nombre simbólico, explicaciones y reflexiones sobre una tradición masónica española.

R. E.C.



Investigadores como Randouyer, Pilar Amador, Roldan o Álvarez no solo han estudiado su razón y sentido, sino que también han analizado su tipología y fuente de inspiración. Desde nombres basados en la historia de Grecia y Roma, figuras de la revolución francesa, filósofos, artistas o conceptos, su adopción ha ido cambiando según los gustos de la época. Debe de tenerse presente que el periodo en el uso del nombre simbólico analizada por los autores anteriormente mencionados incluye al menos con numerosa base documental alrededor de 70 años, extendiéndose este uso durante a la actividad masónica en el exilio y su posterior reimplantación, pudiéndose por tanto realizar una mirada retrospectiva de 150 años de probada e indudable existencia y unos usos que se irían asentando en las primeras décadas del siglo XIX, llegando así a un periodo temporal de 200 años en el uso del nombre simbólico.

No hay duda de que es una figura ajena a todo rito y catecismo. El motivo para su adopción no queda claro, pues si su uso se entiende por las necesidades impuestas por la represión, es el propio sujeto quien adopta el mismo y la naturaleza de las denominaciones elegidas parecen entrever otra función en un contexto de sociabilidad masónica. No obstante hay logias que en presencia de un contexto de represión encarnizada, no optaron por su uso, como por ejemplo aquellas logias

La cuestión del nombre simbólico es un uso específico de la tradición masónica española. Existen numerosos estudios al respecto realizados con motivo del interés que la masonería suscito en el ámbito de la investigación universitaria tras haber conseguido su legalización en los tribunales.

afiliadas al Gran Oriente de Francia que operaban en el oriente español.

No obstante, la especificidad de esta tradición más o menos oficializada en los usos duraderos tanto de logias como en obediencias, no parece tener su reflejo en otros orientes de la Europa continental, ni siquiera en esos países donde la represión gubernamental o eclesial puso sentirse con virulencia como es el caso italiano. Existen casos en el que son los hermanos de este oriente quienes en su proceso migratorio llevan este uso a otros orientes iberoamericanos sin que este hecho desdibuje el carácter específico de este uso del oriente español.

La adopción por el propio individuo y la tipología de las denominaciones elegidas, varía sustancialmente con los sobrenombres utilizados por otras organizaciones de naturaleza más o menos clandestina, desde grupos terroristas a organizaciones políticas clandestinas a excepción quizás de algunas órdenes similares a la nuestro o tal vez algunos cenáculos esotéricos.

Tal es la importancia que adquiere el nombre simbólico, que el nombre y el apellido del hermano serán la denominación que este tiene en su vida profana, siendo conocido en el ámbito masónico por su verdadero nombre, el simbólico. No sería descartable, que las necesidades vinculadas a la seguridad de los masones llevasen a la necesidad de tan singular uso, y que el mero alias derivase a uso simbólico, atribuyendo a su adopción una fuente de inspiración en la medida que el hermano, se reconoce en aquellos valores o conceptos atribuidos al a la denominación elegida. No obstante el debate entre la seguridad y la inspiración es similar al del huevo o la gallina.

En muchos casos la seguridad de los masones estaban vinculada a la

posibilidad de una suerte de muerte civil o laboral en su ámbito profesional, su descredito político o el hostigamiento y persecución por parte de las autoridades públicas, eclesiásticas o de los movimientos reaccionarios.

Sin embargo, su uso no ha estado exento de controversia. De hecho, ya la constitución del Gran Oriente Ibérico de 1870, recoge la obligatoriedad de que todos los documentos sean firmados por los nombres profanos de los hermanos. También en este periodo, algunas logias solicitan su supresión al no encontrarse la masonería en un escenario de persecución “de tan doloroso recuerdo”. Claro que también habría que situar ese hecho en unas fechas de florecimiento masónico en pleno sexenio democrático. No obstante su práctica continuo o bien amparada en su uso tradicional, bien por inercia, por cautela o por atribuírsele otro tipo de funciones.

Durante la segunda república, incluso en un Boletín de 1935 del Supremo Consejo para España y sus dependencias, el hermano “Argonauta” reflexiona sobre la cuestión, argumentando que si bien los Venerables Maestros de las logias animan a los recién iniciados para la adopción del nombre simbólico este hecho es ajeno a todo catecismo y ritual masónico, que la explicaciones referida a las razones de seguridad es “deprimente” y que la adopción de nombres de personajes ilustres y prestigiosos, además de introducir elementos profanos dentro de la logia, esconden no poca vanidad incitando a las autoridades masónicas a estudiar la cuestión en vista de una posible supresión de la práctica. Sin embargo bastaron apenas 7 meses para que comience el asesinato y represión sistemática de los masones españoles. La represión y el rechazo social no es algo que concluya como si de un hecho finito

se tratase pues como todo fenómeno social aumenta o desciende en su intensidad.

¿Tenía el nombre simbólico el objeto de preservar la seguridad de los hermanos en un escenario de persecución? En los boletines masónicos de entre 1870 y 1935 su uso es dispar, en algunos casos algunos hermanos son conocidos solo por el simbólico, en otros casos al simbólico precede el nombre profano y en otros casos solo se hace rereferencia al nombre profano. Ahora bien en un contexto similar, su uso parece responden a una cuestión de preferencia. ¿Que hace que dos hermanos en un mismo contexto decidan en un sentido contrario en relación al uso del nombre simbólico? La preferencia.

En uno de los boletines del Gran Oriente de España, de 1872, pueden leerse algunas reflexiones, del hermano Pertusa, que parece ampliar en parte el campo de análisis del nombre simbólico, pues su uso no se circunscribiría únicamente a razones de identificaciones simbólica y de seguridad añadiéndose una tercera opción no excluyente.

“Hemos visto la extrañeza manifestada por algunos Masones franceses, al saber que los españoles usamos todavía nombres masónicos, simbólicos o de guerra, que son así llamados impropriamente y que deberían llamarse y ser simplemente anagramas. No extrañamos las observaciones francesas; pero no encontrándolas justas, vamos a pretender demostrarles que nosotros estamos en lo justo y cumplimos con las costumbres y prescripciones masónicas.”

Tras hacer referencia a la llegada de la Gloriosa, la regeneración social existentes y al florecer de la masonería, el autor asegura que :

“Los talleres han brotado por todas partes y aumentarán indefinidamente; la organización se acerca, aunque lentamente al complemento de su definitiva constitución, y estudiando los antiguos dogmas, tratamos de armonizarlos con las aspiraciones de la época actual, para que la Masonería no pierda ni uno solo de lo quilates de importancia, marchando siempre dentro de lo racional, una etapa, delante de los que más adelante marchen en el mundo profano.”

El papel que se atribuye a la masonería o que esta debe tener en el devenir de una época de renacimiento es habitual en la tradición masónica española. Llamadas a la acción y al compromiso activo con los valores de la Orden en un contexto de movilización política y social. El progreso social como hecho resultante de la mejora del individuo y como objetivo y misión del masón ha tenido siempre un peso considerable en nuestra cultura masónica. También lo ha tenido en otros orígenes. De buenos masones a mejores ciudadanos.

Este tipo de interpretaciones resuenan a día de hoy con menor intensidad pues ni la movilización política es tan virulenta ni las llamadas al compromiso resultan tan explícitas. Por un lado tenemos una sociedad abierta y plural que posee un régimen asociativo para todo tipo de iniciativas sin que la masonería se haya convertido en parte del ecosistema de la acción social. Además contamos con una democracia representativa asentada desde hace más de 40 años. No obstante, tampoco podemos obviar que este tipo de llamadas, son comunes en otros orígenes y en aquellas obediencias masónicas que se encuentran fuera del circuito de la regularidad. Tal sería el caso del Gran Oriente de Francia. ¿Pero y los masones? ¿Acaso no estamos llamados como buenos masones y

mejores ciudadanos a hacerse partícipes de un mayor compromiso con nuestro entorno? Por supuesto. Además debíamos de ser exigentes con nosotros mismos. No se trata introducir elementos profanos en las logias de los masones, si no te estimular a los masones en la buena ciudadanía.

Si bien existe un acuerdo unánime en que la masonería tiene por objeto la mejora del individuo, tampoco parece que en el concierto inter-obediencial llamado regular exista ninguna oposición a que la masonería busque con ello la mejora de la sociedad en su conjunto, siendo la principal diferencia en el seno de la masonería regular la presencia más o menos identificable o visible de este objetivo secundario o derivado dentro de la sociabilidad masónica.

Existen algunas Grandes Logias regulares cuyo compromiso social, democrático o patriótico, es público y notorio, tal sería el caso de Chile, cuya invitación al compromiso con la cosa pública se realiza de manera cabal y mesurada. Esto ni es bueno ni malo en sí mismo, pues perfectamente una Gran Logia puede no hacer ningún tipo de declaración pública como obediencia, pero que sus miembros, sean conscientes, de que no basta con ser un buen masones, si no que se ha de ser mejores ciudadanos. El masón ha de ser un activo en su entorno.

En otros casos, donde no ya la movilización explícita o las llamadas a la participación velada, si no los valores asociados a la naturaleza necesariamente social del masón, han sido reducidas a un mero decorado conceptual todo deriva en una masonería de buscadores y librepensadores sin contenido definido. Si nos olvidamos la obra colectiva, el templo que trasciende a nuestra propia individualidad, o intencionadamente

obviamos su existencia, perdemos nuestra referencia.

En las circunstancias de agitación social descritas anteriormente- y que hay que entender que en España esto era lo habitual-, el artículo sigue de la siguiente manera:

“Esta tarea, llevada a cabo en el momento en que un pueblo postrado, aniquilado, casi envilecido se siente renacer a la vida pública, exige mucha prudencia, mucho valor y mucha abnegación. Es necesario llevar a cabo una grande obra sin que la vanidad, el orgullo, el amor propio ni ninguna otra mala pasión muevan el corazón del que la lleva a cabo. Es preciso que nuestras imaginaciones meridionales se sientan impresionadas por la idea del sacrificio y que nuestros valientes apóstoles, contaminados quizá, con las pasiones del mundo profano, ardiente arena donde hoy en España luchan los más santos afectos en encontrados campos, se despojen de toda personalidad o individualidad, para fundirse en el gran todo de la familia masónica, dejando no el estampido de un nombre pomposo si no la huella de una grande obra, fabricada por obreros desconocidos.”

La idea del progreso, exige prudencia, valor y abnegación sin que la vanidad, el orgullo y el amor propio amenacen la obra a realizar, siendo necesario sacrificar el propio yo, despojándonos de toda personalidad o individualidad. Según el autor, la Masonería siempre se ha preocupado por cooptar a las clases dominantes a fin de incorporarlos a la construcción del templo, ahora bien:

“Estos se prestaban a ello, pero no era muy fácil que se despojasen de sus preocupaciones de raza y de sus privilegios de casta, y para que llegasen a acostumbrarse a la igualdad, era preciso infiltrar en su ánimo la virtud a la humildad; de, donde vino la adopción de

un nombre anagramático, que hiciese olvidar al conde, al duque, al magnate, que eran grandes por el solo hecho de que así se les llamase y que en la grande obra, los primeros eran los últimos. Esta costumbre ha sido continuada, y por nosotros respetada”

El llamado nombre simbólico, tendría como misión la des individualización de los miembros en favor de los valores masónicos y pese a las contradicciones que incluye el propio artículo al mencionar la persecución a la que ha sido sometida durante décadas la familia masónica española, el texto continuo de la siguiente masonería:

“Cuando la teocracia en España deje de ser una potencia siempre enemiga de la libertad y del progreso, y por consiguiente, el más encarnizado apoyo de toda reacción, cuando la teocracia quede sencillamente reducida a las condiciones de una secta filosófica y el pueblo llegue a no ver en el sacerdote otra cosa que un profesor de moral, entonces los Masones españoles usarían solamente de sus nombres propios, declarando ahora que no es el temor, ni el miedo cobarde de una persecución el que al obrar de este modo nos induce, sino la idea de la conveniencia y el deseo del mejor acierto por el bien del Orden y la más pronta propagación en nuestra patria.”

No es el miedo, sino la utilidad de su adopción, la que llevaría adoptar dicho uso. Seguridad, inspiración y des individualización. Tres parecen los elementos que han conformado este uso masónico tan propiamente español.

Cada oriente tiene su particularidad, su esencia, y su personalidad. Esta se ha construido en función de las circunstancias y no parece que una masonería franquiciada en sus formas, sean en sí mismas garantes de ningún

regularidad toda vez que la regularidad nada tiene que ver con esos menesteres. El uso del nombre simbólico, pivota en base a los tres anteriores motivos, son un uso específico de nuestra tradición masónica española sobre todo del REAA y es por tanto un elemento propio de nuestra especificidad. Es desde luego más antiguo que los ribetes metálicos que cuelgan de nuestros mandiles de estilo inglés. Existen logias donde aún se utilizan nombres simbólicos. ¿Por qué no adoptar un nombre simbólico como forma de inspiración y des individualización? ¿Por qué perder tan bonito uso? ¿Acaso no es una invitación a la memoria de quienes nos han antecedido? ¿No es una manera de fortalecer la transmisión masónica cuya ausencia muchas veces denunciamos con lamentos?

Escribo estas líneas mientras llegan a mi memoria los nombres de Apolo y Castelar, ambos ya fallecidos, masones cuyos nombres profanos apenas son ya un recuerdo en mí.

individualización. Tres parecen los elementos que han conformado este uso masónico tan propiamente español.

Cada oriente tiene su particularidad, su esencia, y su personalidad. Esta se ha construido en función de las circunstancias y no parece que una masonería franquiciada en sus formas, sean en sí mismas garantes de ningún regularidad toda vez que la regularidad nada tiene que ver con esos menesteres. El uso del nombre simbólico, pivota en base a los tres anteriores motivos, son un uso específico de nuestra tradición masónica española sobre todo del REAA y es por tanto un elemento propio de nuestra especificidad. Es desde luego más antiguo que los ribetes metálicos que cuelgan de nuestros mandiles de estilo inglés. Existen logias donde aún se utilizan nombres simbólicos. ¿Por qué no

adoptar un nombre simbólico como forma de inspiración y desinividualización? ¿Por qué perder tan bonito uso? ¿Acaso no es una invitación a la memoria de quienes nos han antecedido? ¿No es una manera de fortalecer la transmisión masónica cuya ausencia muchas veces denunciamos con lamentos?

Escribo estas líneas mientras llegan a mi memoria los nombres de Apolo y Castelar, ambos ya fallecidos, masones

cuyos nombres profanos apenas son ya un recuerdo en mí.



¿TENEMOS QUE “PROTEGER” A NUESTROS APRENDICES DE LA REALIDAD?

Jesús Gutiérrez Morlote

0.- Introducción.

Recientemente muchos hermanos hemos recibido un cruce de mensajes entre el presidente del Grupo de Trabajo de Investigación del Decreto 1.399, diputado del Gran Maestro, y uno de los maestros masones citados a comparecer.

Algunos han manifestado dudas acerca de si este tipo de intercambio de correos, como los que nos han enviado, deberían ser conocidos por los aprendices de nuestras logias o no.

Lo que sigue no es más que una reflexión personal, aunque para su redacción haya consultado con otros hermanos de más experiencia.

1.- La iniciación.

La masonería es una “asociación ética iniciática”.

Nuestra ética es la de la fraternidad universal y los derechos humanos. Una asociación iniciática es una asociación en la que se entra a través de unos determinados ritos y se crece culturalmente con ayuda de ciertos símbolos propios y el ejemplo y la ayuda mutua de los miembros. No acostumbra a haber claridad sobre lo que significa “iniciático” que no es, sociológicamente



hablando, nada nebuloso o indefinible más allá de esta definición.

En masonería, cuando hablamos de “iniciación” solemos referirnos a la ceremonia que se realiza para la admisión de un nuevo miembro en la Orden, consistente en la realización de algunas pruebas, la asunción de ciertos compromisos respecto del grupo y la revelación de determinadas palabras y

signos de reconocimiento en el entorno de un relato.

Pero la iniciación no termina aquí.

Podemos decir que comienza en esa ceremonia, una especie de entrada a una “nueva vida”, pero que continúa mediante la transmisión de vivencias y experiencias de los miembros más antiguos, llamados “maestros”, en un escenario codificado y con la ayuda de símbolos inspirados en la construcción.

Más gráficamente, la iniciación no es un instante, a modo de fogonazo milagroso, que transforma al profano en un masón, sino un proceso continuo que requiere de maestros, exige un determinado ritual y necesita tiempo.

2.- El candidato a la iniciación.

El candidato a la iniciación es una persona adulta, “libre y de buenas costumbres”.

Simplificando mucho, podemos decir que es “libre” en tanto en cuanto puede vivir de acuerdo con sus principios y valores, sin imposiciones externas, lo que, naturalmente, también exige madurez.

En cuanto a ser “de buenas costumbres”, probablemente implica comportarse conforme a normas socialmente aceptadas y tener (buenos) valores morales.

3.- El aprendiz masón.

De acuerdo con todo lo anterior, el “aprendiz entrado” es una persona madura, libre y de buenas costumbres, que acaba de ingresar en nuestra Fraternidad. Ha superado unas pruebas simbólicas y manifestado unos

compromisos, habiendo accedido a algunas formas secretas de reconocimiento y a un relato que le servirá de guion para su mejora en un medio codificado y en compañía de otros constructores, entre ellos masones más antiguos que le ayudarán mediante sus propias experiencias y vivencias...

No es, por tanto, un menor de edad, una persona carente de las capacidades que se exigen para ser un hombre libre ni un amoral.

De hecho puede ser una persona social y profesionalmente relevante y con altas responsabilidades desempeñadas con éxito.

Ha de ser un “caballero” –con principios morales, cortés, respetuoso y bienintencionado- y no un “rufián” –sin principios, agresivo, manipulador, egoísta y malicioso-. Los masones nos tenemos por “caballeros”, y no tanto en el ámbito social como en el moral. Precisamente por eso resultaría intolerable que se tratase desconsideradamente a un hermano como a un sujeto digno de sospecha, algo por fortuna superado por los ciudadanos en la sociedad civil occidental y típico, por el contrario, de regímenes autoritarios de otros continentes o de otras épocas.

En masonería, como en otras escuelas iniciáticas, se exige “silencio” al aprendiz. Se trata de favorecer la introspección, la reflexión, la observación y la enseñanza de los símbolos que se le ofrecen, la humildad de reconocer que aún tiene mucho que aprender, la disciplina propia de una organización jerarquizada, y el respeto

hacia los rituales, las ceremonias y el proceso iniciático de sus hermanos.

En nuestra civilización cuesta permanecer callado y hasta el más ignorante y lerdo opina sobre todo lo divino o lo humano. Ejercitarse en el silencio es, sin duda, positivo.

Pero enmudecer no es lo mismo que renunciar a oír y entender.

4.- La logia.

Es el ámbito natural de desarrollo del masón, el núcleo fundamental e insustituible de la Orden, el origen y depósito de su soberanía.

No hay masonería sin logias.

La logia es un conjunto de masones trabajando cada uno en su propia iniciación con la ayuda de los demás, jerarquizados según su maestría en el oficio y dirigidos por quien ellos mismos eligen.

La identidad de un masón se define en relación a una logia. De hecho, se debería presentar así: “Soy fulano de tal, aprendiz (o compañero o maestro) masón de la logia equis”. Punto. Nada más. Así es como se identifica un masón en el ámbito masónico. Por supuestísimo que se omiten los tratamientos (como venerable, muy venerable, respetable hermano) y otros grados o condiciones (como grado 18º, maestro instalado o gran inspector). Esa es la costumbre, con frecuencia empañada por el desconocimiento o la pequeña vanidad.

La logia es anterior a la Gran Logia.

Las distintas Obediencias han necesitado de un número mínimo establecido de logias para poder constituirse y ser

reconocidas pero, a su vez, estas logias no se han disuelto en la Gran Logia.

La Gran Logia y las Grandes Logias Provinciales no son, en absoluto, “logias de logias” como se ha afirmado en alguna ocasión, sin duda por error.

5.- Los conflictos en la logia.

Las logias están formadas de adultos en busca de su propio mejoramiento; cuanto más se parece la composición etaria, profesional y social de una logia a la de su entorno, mejor, más fructífero será el ámbito de desarrollo iniciático para cada uno de sus componentes.

Las logias atraviesan, como las familias, distintos periodos: de estancamiento y de crecimiento, de armonía y de crisis... Lo específico de la masonería no es la inexistencia de problemas sino la manera de abordarlos para intentar resolverlos.

Por mucho que la condición de masones presuponga la existencia de unos valores comunes y, sobre todo, de un método propio y bastante efectivo de prevención y resolución de las crisis, las desavenencias se producen inexorablemente.

¿Qué tipo de conflictos? Casi siempre de índole asociativa u organizativa, muchas veces personales y en raras ocasiones en torno a los principios, las ceremonias o el método masónico.

La codificación a que aludíamos al principio de esta plancha no es solamente el ritual; éste es muy importante, por muchas y variadas razones, pero lo más relevante de la formalización de los trabajos masónicos consiste en el establecimiento de unas normas para interrelacionarse los masones.

Desde el tradicional e histórico voseo -o tratamiento de “vos”-, hasta la manera de dirigirse a otro hermano a través del venerable maestro de la logia y puesto al orden, o la misma forma de disentir o de refutar las razones del otro, siempre respetando la opinión mayoritaria de la logia, la sabiduría centenaria de la masonería ha ido estableciendo unos cauces para que la discrepancia no desemboque en conflicto.

En los ritos británicos es notoria la búsqueda y exigencia de consenso: no se somete nada a votación sin asegurarse previamente que existe acuerdo entre los votantes. En los ritos “continentales”, la norma es el respeto escrupuloso a la mayoría libremente expresada. La repetición de votaciones hasta que se obtiene el resultado apetecido es una práctica tramposa e impropia de nuestra Orden. La utilización torticera del derecho al voto secreto para romper logias o castigar a los Hermanos es, sencillamente, indigna.

Cuando el conflicto se produce, siguen existiendo cauces para resolverlo, el más elemental de los cuales es la ausencia transitoria en la tenida de uno o todos los discrepantes hasta que se haya conseguido restablecer la concordia, pero también la intervención del venerable maestro de la logia o la mediación de hermanos con “auctoritas”, es decir, con verdadera autoridad moral aunque no lo sea formal.

La fraternidad y la tolerancia siempre han de primar. Solo en casos extremos y asumiendo todos que supone un fracaso como colectivo, se apela a los reglamentos y a la justicia masónica.

6.- Razones para procurar que los aprendices no se enteren de los conflictos.

Tradicionalmente, cuando se produce un conflicto en una logia, los maestros masones suelen manifestar al final de sus conversaciones que “hay que mantener a aprendices y compañeros al margen de esto”. Y lo damos por bueno sin cuestionarlo, tal vez por no introducir otro elemento más de discrepancia o quizá por simple comodidad.

Pero, ¿de verdad hay razones para mantener a los aprendices en la ignorancia de los conflictos que acaecen en la logia? Veamos.

Una posible razón sería que los aprendices no fueran lo suficientemente maduros como para asumir la conflictividad así como la necesidad subsecuente de discernir quién tiene la razón. Ya hemos visto que los profanos, para poder ingresar en la Orden, han de ser personas formadas y libres. En su vida personal, familiar, profesional o social habrán experimentado problemas y conflictos, seguramente graves, antes de ingresar en la Fraternidad; se puede decir que ya forman parte de su bagaje experiencial y hasta de su aportación positiva a la logia. ¿Tenemos entonces derecho a tratarles como menores de edad?

Otro argumento es que el enfrentamiento les pueda afectar emocionalmente, turbar ese estado de ingenua placidez en que se está desarrollando su aprendizaje. Pero el constructor también debería estar preparado para los problemas, incluso inesperados, que puedan surgir en la edificación; eso forma parte de la

experiencia transmisible por los maestros más antiguos. El arquitecto pasa de los planos a las obras, somete su diseño teórico a la prueba de la realidad tangible y contingente. No se puede decir que aquel profano que comenzó un día su iniciación como masón haya llegado a la maestría si no podemos asegurar también que tiene una mínima destreza para desenvolverse en los conflictos asociativos o personales.

La masonería no forma académicos, historiadores ni actores para autos sacramentales o misterios sino constructores de sí mismos y de una fraternidad universal, lo que requiere capacidad de análisis de los problemas y determinación para resolverlos.

La naturaleza del problema suscitado en la logia no parece que implique su ocultación a los aprendices, al menos en la inmensa mayoría de los casos, pues, según nuestra experiencia, suele tratarse de conflictos asociativos cuando no puramente personales. Aunque la nuestra es una asociación peculiar ya que, en pureza de conceptos, se trata de una “orden”, está sometida como todas al imperio de la ley y a los principios inspiradores de nuestra constitución.

Los aprendices son miembros de pleno derecho de la asociación GLE y no se entendería que contribuyendo a su mantenimiento como todos los demás, no puedan conocer lo que sucede y formarse su propia opinión.

Si el problema fuera puramente personal tampoco hay razones para que los aprendices no puedan conocerlo. Lo primero porque en su vida “profana” habrán tenido múltiples ocasiones para sufrir avatares semejantes. Además, la

resolución de los conflictos personales entre masones es una excelente oportunidad para que los aprendices comprueben nuestra propia coherencia con los principios que proclamamos así como la eficacia del “método masónico” para superar las diferencias entre masones desde el respeto, el diálogo, la búsqueda conjunta y sincera de la verdad, la razón y, en definitiva, la fraternidad.

Los aprendices tienen derecho a comprobar si somos capaces de unir lo disperso y ser centro de unión de lo diferente o si somos unos impostores cuyos supuestos valores no pasan del terreno de la retórica. Si queremos aprender enseñando o solo queremos tener alguien sobre quien “mandar”.

Los maestros masones somos responsables, sobre todo, de proteger nuestra “identidad masónica”, de garantizar que seguimos siendo iniciáticos, impidiendo que se impongan otros valores, que no tienen nada que ver con la masonería (más propios de culturas foráneas y mágicas) y otras prácticas (más parecidas a las de los partidos políticos).

7.- Entonces ¿por qué nos empeñamos en ocultar los conflictos a los aprendices como si les protegieramos de la realidad?

No parece que haya razones de fondo para actuar así, ni por la naturaleza de los problemas ni por la condición de los aprendices.

Tal vez se pueda explicar esa resistencia por nuestra propia pereza, por simple vergüenza o por exigencia de un sistema de valores construido para mantener el orden y la autoridad.

Desgana de tener que explicar a los aprendices lo que sucede y sus causas, manifestar nuestra opinión y decirles cómo vamos a actuar en tanto que masones, miembros e incluso oficiales de la logia. Ciertamente puede ser tedioso responder a sus preguntas en este terreno de lo concreto en el que no podemos situarnos de entrada a un nivel superior, como con frecuencia hacemos al explicar a ese mismo aprendiz los rituales, las herramientas o las historias, que son nuevos para él.

Pudor por tener que reconocer que algo no está como es debido, que nuestro sistema tiene fallos, que la asociación GLE a veces recuerda a otras asociaciones no siempre ejemplares y que los masones somos imperfectos.

A menudo durante las aplomaciones, en vez de indagar si el profano es un buen candidato a la iniciación masónica, el maestro poco discreto o deseoso de que la logia “crezca”, va deslizándose una imagen casi idílica de la masonería. Ese mismo profano, una vez que ya es aprendiz entrado, recibe frecuentemente respuestas oscuras y medias sonrisas que parecen aludir a misterios que un día, tal vez, podrá conocer. Demasiadas veces, en lugar de tratar al aprendiz como un adulto se le trata como si fuera un niño o un necio. Tal vez el maestro quiere darse importancia o se resiste a reconocer que no tiene respuesta a todas las preguntas, que no lo sabe, que tendrá que enterarse... La consecuencia lógica es que, cuando surge un conflicto, nos

resistimos a admitir que algo no ha funcionado, que nos hemos equivocado, que entre nosotros hay quienes –a la hora de la verdad– no se portan como maestros ni como masones o que han fallado los mecanismos de autorregulación de la Obediencia.

Para Nietzsche, proteger la verdad u “ocultarla por el bien de otros” (como una llamada “mentira piadosa”) era más una manifestación de miedo e intento de control que una muestra de cuidado, argumentando que las sociedades crean sistemas de valores que esconden la verdad para preservar el orden. La masonería como organización podría no escapar a ese temor a que la membresía piense, dude, critique o disienta de la dirigencia, aunque respete, acate y obedezca. Sería un grave contrasentido por parte de quienes se proclaman “librepensadores” y exhiben, con legítimo orgullo, el protagonismo histórico de sus miembros en la difusión de los valores de la Ilustración.

En conclusión, considero que los aprendices tienen derecho a conocer la realidad, lo que sucede en nuestra Institución, y que ello forma parte de su iniciación.

Ítem más: la ignorancia y el disimulo son cimientos muy frágiles para cualquier organización.

La opinión, expresada con respeto y fraternidad, da solidez a nuestras logias y a nuestra Obediencia.

Jesús Gutiérrez Morlote, maestro masón de la logia Semper Fidelis 150.

Represión contra los masones en los últimos días de Federico García Lorca en Granada

Guillermo Calonge Cano



Masones que sufrieron la represión perpetrada contra ellos por los sublevados falangistas y franquistas en la ciudad de Granada, a la vez que trascurrían los últimos días del gran literato Federico García Lorca desde el 18 de julio y en agosto del año 1936. Lo hago poniendo el foco y a partir de una pequeña parte del voluminoso libro (781 páginas) titulado *“Miedo, olvido y fantasía. Crónica de la investigación de Agustín Penón sobre Federico García Lorca (1955-56)”*. Edición de Marta Osorio. Se conoce popularmente y en laprensa como “La maleta de Penón”; y merece unas consideraciones sobre sus autorías y contenido que, en mi opinión, deben ser copiosamente elogiosas. El autor de las investigaciones, con el objetivo de hacer una biografía de Federico García Lorca, fue Agustín Peón que pudo realizar su trabajo difícil y arriesgado en el contexto de la España franquista de la posguerra, porque era ciudadano (con pasaporte en regla) de Estados Unidos de Norteamérica. Y ya se sabe que a las autoridades franquistas de entonces no les interesaba molestar a un ciudadano estadounidense, pues las relaciones diplomáticas con USA le convenían sobremana al gobierno dictatorial franquista para sobrevivir política y económicamente. Penón desarrolló un minucioso y arduo trabajo de entrevistas con todas las personas que pudo localizar y que fueron numerosas, que conocieron personalmente a Federico García Lorca; entrevistas que

*E*ste escrito pretende hacer un ejercicio de memoria y de homenaje a los

pasó de la oralidad al papel escrito. Todos estos testimonios más fotografías, recortes de prensa y diversos escritos fueron reunidos por Agustín Penón en una maleta que salió de España con rumbo a Nueva York en el mes de octubre del año 1956.

Esos trabajos de recogida de información sobre todo lo relativo a Federico García Lorca, pero en particular sobre su asesinato y sus últimos días en Granada, duraron nada más que veinte meses. Y toda esa copiosa información el autor la guardó en una maleta, que volvió a España y que desde el año 1995 fue a parar a manos de la editora Marta Osorio. De ahí, por tanto, el sobrenombre mencionado de “La maleta de peñón”; pero en esta maleta había mucha documentación en varios formatos y no ordenada. A pesar de estos inconvenientes, la labor como editora de Marta Osorio ha sido magnífica, impagable y (hasta diría yo) insuperable. Ha hecho posible un libro con orden y concierto y con un contenido muy interesante y esclarecedor no solo de la vida en general de Federico García Lorca y de sus últimos días en particular (con muchos testimonios directos y bastante fiables), sino también del ambiente de terror en las primeros fechas del golpe de estado fascista desde el 18 de julio de 1936 y durante los años cuarenta y cincuenta de la posguerra bajo la represión franquista.

Una muy pequeña parte del libro y de la información se refiere a los Masones: cinco páginas (722 a 726) más algunas otras escasas alusiones. Una página está ocupada por una fotografía con extenso texto al pie de un edificio ubicado en la ciudad de Granada, en cuyos locales de la planta baja se reunían las tres Logias que había en esta ciudad hasta el golpe

de estado del 18 de julio de 1936. En dicho texto del pie de la fotografía se indica literalmente la siguiente información de interés: *“ahí se inauguró la última logia abierta en Granada antes de la guerra del 36; se llamaba ‘Alhambra, logia de los Valles Tartesios de Granada’; y fue su presidente [Venerable Maestro] Antonio Mendoza Lafuente, uno de los masones prisioneros en Víznar. A su inauguración asistieron masones muy distinguidos como Fernando de los Ríos y Martínez Barrios”*.

En las otras cuatro páginas dedicadas a los Masones se dan detalles de la represión que sufrieron en Granada desde el golpe de estado del 18 de junio de 1936, aunque no se pretende hacer un análisis exhaustivo y acabado de la cuestión. Concretamente, se señala que el día 4 de agosto se detiene a los Masones que se reunían en el “Hotel Reuma”, que es como se conoce popularmente al citado inmueble por la elevada humedad debido a la vecindad del río Darro. Son detenidos diecisiete Masones que pasan a presidio en la comisaría de policía de Granada hasta el día 24 de agosto. En esta última fecha los ocho más jóvenes son llevados a la cercana localidad de Víznar para trabajar limpiando calles y otras labores, entre las que se cuenta la de enterradores de las personas fusiladas en el tristemente famoso barranco de esta localidad, donde se afirma (no está comprobado) que fusilaron y enterraron a Federico García Lorca. Los Masones no enterraron a este insigne escritor, ya que llegaron allí cinco días después del asesinato de Federico que ocurrió el 19 de agosto; pero sí coincidieron los Masones con tres de los enterradores de Federico García

Lorca: un joven de 16 años y dos catedráticos de la Universidad de Granada. Estos dos profesores universitarios, después de ser humillados varios días obligándoles a hacer de enterradores a pico y pala, se señala que fueron llevados a la ciudad de Granada en el mismo coche que trajo a los Masones a Víznar y el mismo día en que éstos llegaron allí. Y unos días después fueron fusilados en las tapias del cementerio de Granada.

En las páginas citadas hay una fotografía en la que aparecen los ocho Masones en Víznar, a los que se obligó a poner el mandil masónico (bastante más pequeños que los usados hoy en día) para ridiculizar su trabajo con los picos y palas que sostienen entre sus manos en la imagen. Se indica que uno de esos Masones fue trasladado a una localidad cercana debido a una denuncia; y murió fusilado. Los otros siete Masones tuvieron mejor suerte y lograron sobrevivir del modo que se indica textualmente: *“a mediados de septiembre, el mismo jefe de la guarnición José María Nestares, ya había intervenido en su favor ante el arzobispo don Agustín Parrado, para que fueran admitidos de nuevo en el seno de la Iglesia”*. De estos siete Masones Agustín Penón solo conoció a quien había sido el último Venerable Maestro (Antonio Mendoza Lafuente), que siguió

ejerciendo su profesión de barbero en la ciudad de Granada. En la conversación con éste respondió a la pregunta que le hizo Agustín Penón sobre las causas de su detención afirmando literalmente: *“Ser Masón es el mayor delito que se puede cometer en esta España nuestra”*. Entonces era el año 1956.

Sin embargo, todo indica que ser Masón no era el peor delito para los sublevados franquistas de julio de 1936 en Granada, pues tardaron tres semanas en detener a los Masones después del golpe de estado del 18 de julio. Y, además, hay que enfatizar que la represión contra los Masones fue menos dura que contra los partidos políticos y los sindicatos de izquierdas. Parece que entonces y ahí, en la ciudad de Granada, no había un acérrimo sentimiento de odio contra los Masones, puesto que ya se ha indicado como el jefe de la guarnición de Víznar (un oficial del ejército franquista) consiguió liberarlos y salvar sus vidas. Una vez más, pues, parece que la “conspiración judeo-masónico-comunista” fue propaganda del régimen franquista con el nacionalcatolicismo desde la posguerra de los años cuarenta del pasado siglo XX. Y la descalificación y el morbo contra la Masonería en España prosiguen hasta la actualidad.

En Cuéllar, a 13 de julio de 2024.

La logia como grupo

Vicente Fernández-Merino

*P*odría decir, sin temor a equivocarme, que los grupos y mi vinculación a ellos, constituidos de forma más o menos estructurada, ha sido una constante en mi vida. He podido, por tanto, conocer y sufrir en propia carne el nacimiento, crecimiento y muerte de muchos de ellos. Por eso no es extraño que mi desembarco y permanencia en una Orden como la nuestra, cuya metodología de trabajo se sustenta en un grupo, la Logia, haya despertado en este momento, casi como un acto reflejo, algunas reflexiones que ya creía olvidadas, y que me gustaría compartir con vosotros, pues es propio de quien sabe que la vida es un continuo aprendizaje, incorporar vuestras opiniones a mi experiencia personal.

Un estudio preciso de la dinámica que se produce en una Logia en Tenida, como un grupo más con sus peculiares características, sería tan extenso como interesante, y sin duda debiera incorporar la opinión experimentada de quien lleva años, o incluso solo días, practicando esta forma de relacionarse. Pesan en el grupo la historia personal de cada miembro y de la propia Logia, que tiene su peculiar desarrollo dinámico; la forma característica de trabajar, uniformados, con nuestras distinciones, “a cubierto de las indiscreciones de los profanos”. Con una manera ritual de establecer las comunicaciones entre los miembros: en



pie y al Orden, seccionando la cabeza del resto del cuerpo por el gesto ritual en Primer Grado, en el que trabajamos habitualmente, que dificulta la interacción emocional y favorece otra, si se quiere, más templada y cerebral; es difícil con este gesto dejarse llevar por

un espontáneo acceso de cólera, de ira e o incluso de alegría. El gesto modula las emociones y por ello, puesto que es nuestra particular característica comunicacional en los distintos grados, es imprescindible ejecutarlo correctamente en nuestras intervenciones verbales.

La comunicación ritual entre nosotros debiera realizarse desde la conciencia plena, anterior a la toma de la palabra, pensando que se hablará en un plano de igualdad y fraternidad, en coexistencia armónica con la propia jerarquía de la Logia elegida por nosotros mismos. No debemos olvidar que todos los que allí estamos reunidos también estamos comprometidos en una misma obra, el camino hacia la perfección individual y por ende social pues, “como es arriba, es abajo”, nuestro trabajo personal influirá en la sociedad, del mismo modo que las características sociales de cada momento influyen en nosotros.

Todo el trabajo que realicemos en el momento presente, ayudados por los medios simbólicos de que disponemos, nos permitirá encarar el futuro con la seguridad que da la pertenencia a un grupo y con la comprensión de que éste, al igual que los seres vivos, está sujeto a las mismas etapas evolutivas: nacimiento, crecimiento, desarrollo y muerte. Conviene recordar, que un grupo puede ser considerado como una “persona moral” y, por lo tanto, los distintos cambios que en él se producen son equiparables a las distintas etapas del ser humano.

Como el niño, el grupo se desarrolla con sus crisis de crecimiento, su afirmación de personalidad, distinta a la de los hermanos y los padres, sus enfermedades, con pérdidas dolorosas y, no podemos negarlo, su muerte. También, como las personas, atraviesa momentos de tedio, desolación, rutina, cansancio, e incluso se cuestiona el sentido de su propia existencia. Cuando esto sucede, resulta imprescindible hacer un chequeo a la propia energía grupal.

El grupo, como sistema cerrado, tal como el cuerpo de la persona, posee una específica energía constitutiva y, como los sistemas físicos habituales, solo una parte de esa energía interna se utiliza. El resto permanece en estado latente durante algún tiempo o, incluso, toda su existencia. Por eso, desde el punto de vista de una eficacia óptima en su funcionamiento, resulta indispensable reducir, tanto cuanto sea posible, esta energía latente y activarla progresivamente, para que funcione hacia una situación de mayor rendimiento. Es decir, realizar un ejercicio común y progresivo, no traumático, para que esa persona moral a la que nos referíamos antes, evolucione hacia una situación de madurez y productividad en la que se satisfagan las exigencias de cada miembro en particular y, consecuentemente, del grupo como tal. Dicho de otra manera, resulta imprescindible que cada uno de los miembros constituyentes, libere su talento y energía, para que el grupo viva y se revitalice. Es, pues, un ejercicio de la parte al todo. Sin la conciencia de la necesidad de un trabajo personal y la generosidad de ponerlo en común, el grupo estará condenado a una crisis cuyo

desarrollo puede terminar como el final de los seres vivos.

En este sentido no puedo dejar de recordar algunas charlas entre nosotros, fuera de Tenida. ¿Hablamos mucho? ¿Hablamos poco?, mucho y poco ¿no son sino polos opuestos de una misma actividad? Llevar la actividad de un extremo al otro, ¿no depende de nuestra capacidad de escucha y nuestra actitud de comprensión? ¿Dejamos que el lenguaje verbal sean sólo palabras bonitas que a veces no hacen sino engordar nuestro ego? ¿Seremos capaces de pasar del “hay que hacer” al “vamos a hacer” o mejor todavía al “voy a hacer”? Esta falta de decisión para ejecutar una actividad conveniente, de la que nosotros mismos estamos convencidos, ¿no conducirá esto a deteriorar la propia capacidad del grupo para resolver las situaciones de crisis a las que, como ser vivo está sometido?

De nada valen las especulaciones sobre el sexo de los ángeles, incluidos los grandes o pequeños constructos filosóficos con que en ocasiones nos adornamos, si no pasamos de la palabra a la acción. Si no transformamos la idea en actividad que redunde en nuestro propio crecimiento y por consecuencia en el del grupo de pertenencia. Esta actitud impide, por tanto, su desarrollo y empieza a surgir en nosotros la idea del “sálvese quien pueda”. Cuando se va perdiendo la identidad grupal en función de un predominio de la personal, cuando ésta prima sobre la identidad como miembro del grupo, no es extraño que se produzca el abandono del mismo.

Cuando a un miembro del grupo no le llena su pertenencia a él, intenta salvar su propia existencia encapsulándose sobre sí mismo, cesando su actividad grupal efectiva y constituyendo un auténtico quiste maligno sobre el que es necesario intervenir. Si bien, la intervención debe ser hecha con los elementos característicos de los que nuestra ideología está armada, es decir, con comprensión, con fraternidad, valorando la dificultad que entraña la frustración individual que no es correspondida por la actividad grupal. El desarrollo de esta situación entraña no poca dificultad y habilidad interrelacional, para evitar que el quiste se extienda o que la única solución venga de la amputación del miembro, es decir que se provoque la salida de éste del grupo, bien sea porque él mismo tome la iniciativa de dejarlo o porque el grupo decida prescindir de él. En todo caso no es bueno ni para uno ni para otro; para uno porque esa salida supone una huida y para otro porque se da una pérdida sin encontrar solución a una crisis.

Ante esta situación es conveniente hacerse algunas reflexiones que puedan ayudar a aclarar el momento en el que tanto individuo como grupo se encuentran: los objetivos que perseguimos, ¿son los mismos que nos llevaron a incorporarnos al grupo, o han cambiado? ¿Se han incorporado nuevos elementos que han cambiado la dinámica del grupo como “persona moral”? ¿En qué parte del camino estamos en este momento, para conseguir nuestros objetivos personales o grupales? Las propias relaciones interpersonales entre quienes constituyen la “familia” grupal

son fundamentales para mejorar los mecanismos de supervivencia y funcionamiento del grupo. ¿Cómo se encuentran en el momento actual? ¿Se desarrollan adecuadamente? ¿Se potencian? ¿Hay, por el contrario, una desgana generalizada?

No debemos olvidar que todos los procesos de productividad y mantenimiento de la actividad grupal proceden de un adecuado estado emocional y motivacional de los individuos entre sí. De aquí se deriva la cohesión de los componentes del grupo y el buen funcionamiento de los procedimientos de trabajo, que incluyen los aspectos psicológicos y físicos de la comunicación interpersonal y repercuten en la estructura de la dinámica grupal.

Como tal es necesario asumir el estado actual en que se encuentran tanto el individuo como el grupo; detectar la influencia de los factores personales y sociales, tanto dentro del propio grupo como de la sociedad en general. No hay que olvidar que trabajar “a cubierto” no significa que haya personas de fuera que osen interrumpir nuestros trabajos, sino que traigamos dentro de nuestras mentes el ruido exterior, los problemas externos que nos aquejan e impiden concentrarnos en la tarea que verdaderamente importa en este momento concreto y que implica necesariamente la concentración sobre el trabajo a realizar. Si no fuera así redundaría en un doble perjuicio: personal y grupal.

Deberemos reflexionar sobre si nuestro método ritual de trabajo ha sufrido alteraciones o variaciones en forma y fondo. El mantenimiento del

ritual, con la conciencia de su significado, no es cosa banal, ya que este se ha mantenido durante siglos, justificando su existencia como vehículo de transmisión en la actividad de nuestras Tenidas. Ello no excluye que cada Logia le dé su toque personal, siempre que no varíe la esencia de su contenido. La correcta ejecución del Rito constituye el andamiaje que sostiene el edificio de nuestro templo personal y grupal.

Por otra parte, el momento actual que sufre la sociedad en general con unas condiciones económicas de dificultad creciente, un abandono del cultivo del espíritu o si se quiere, de la espiritualidad, una mengua aguda en las condiciones sociolaborales de los individuos... Sin olvidar las, todavía permanentes, repercusiones en la salud mental y física que ha desatado la inesperada vivencia de la pandemia y que han supuesto un temor estuporoso en la sociedad más por el vértigo de ruina que por la propia pérdida. De esta manera, la crisis social se convierte en una crisis personal, pasa de ser “la crisis” a ser “mi crisis”, en un momento en el que resulta imprescindible el refuerzo de los lazos solidarios y el replanteamiento de la estructura social que tenemos. Todo ello influye en el desarrollo de ese “ruido interior” al que nos referíamos, impidiendo un trabajo “a cubierto”, como sería de desear y como resulta ser para quienes compartimos trabajos, la mejor manera de mantenernos en tregua con nosotros mismos y nuestro entorno.

Es el momento de hacernos preguntas, pero no de huir, - “en tiempo de crisis, no mutar”-, ni de dejarnos

llevar por un derrotismo para el que ni siquiera estamos preparados. Ya sabemos que las respuestas tranquilizan, mientras que las preguntas inquietan; pero solo a través de esta inquietud podremos llegar a la resolución de nuestros propios conflictos en el momento actual. Esto es imprescindible para poder trabajar en paz y armonía puesto que, es cuestión comprobada, cuanta más energía gasta un grupo en mantener a cualquier precio la cohesión, menos le queda para progresar hacia sus objetivos y más reducida será su productividad.

Por eso resulta imprescindible la inquietud, que nos ayuda a romper el tedio y la inmovilidad, a no claudicar, a evitar la huida, a encontrar soluciones, aunque tengamos, al fin, que reconocernos en un estado de “guerra total”.

